

## Reseñas

Silvia Gómez Tagle, *¿Cuántos votos necesita la democracia? La participación electoral en México, 1961-2006*, México, Instituto Federal Electoral, 2009, 287 pp.

HÉCTOR TEJERA GAONA\*

Se ha sostenido que existe un desgaste de la democracia electoral por su ineficacia para incidir en las decisiones de quienes son elegidos como gobernantes. Incluso, un análisis en 2 400 municipios del país de 1989 a 2000 muestra que la competencia electoral no parece afectar la calidad del ejercicio de gobierno, mientras la participación ciudadana no electoral sí influye en su desempeño.<sup>1</sup> No obstante, el libro reseñado en estas páginas pone en entredicho que, en el imaginario ciudadano, participar en las elecciones haya —por lo menos hasta el momento— dejado de tener sentido.

Gómez Tagle estudia con rigor crítico y analítico la “participación electoral” con respecto a cuestiones como, por ejemplo, los siete criterios con los cuales, desde 1978 hasta 2009, se considera que un voto es nulo, lo cual modifica las cifras de participación y abstencionismo, particularmente cuando se cuentan o no los votos nulos como votos válidos.

Desde una perspectiva histórica —que abarca 45 años de elecciones— y con un enfoque geográfico que reúne los datos de más de 64 000 secciones electorales (datos presentados usualmente por entidad federativa), la autora desgana la información sobre el tema evaluando si puede sostenerse que existe actualmente una baja participación electoral entre los ciudadanos mexicanos en condiciones para votar. Para ello utiliza tres indicadores que le permiten establecer las tendencias históricas de la participación electoral: la población con derecho a votar; la población registrada en el padrón electoral; y los votos emitidos. De esta forma, estudia la relación votos/padrón y la relación votos/ciudadanía. Lo que se hace evidente es que el padrón no es un indicador confiable, mientras que la relación entre votos y ciudadanos en edad de votar se mantiene más estable y con menores variaciones.

\* Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

<sup>1</sup> Matthew R. Cleary, “Electoral Competition, Participation, and Government Responsiveness in Mexico”, *American Journal of Political Science*, vol. 51, núm. 2, abril, 2007, pp. 283-299.

En el periodo de 45 años que analiza, la autora no encuentra una relación constante entre ciudadanos inscritos en el padrón y número de votantes, número que tampoco parece vincularse a los procesos de democratización en el país; por el contrario, “en ocasiones se encuentran tendencias que permiten suponer que tanto el padrón, como el cómputo de votos, fueron instrumento de la manipulación de los resultados electorales, o cuando menos, instrumento de movilización del electorado” (p. 103). También destaca que el abstencionismo tiene efectos políticos importantes porque quienes no votan reducen la bolsa total de votos, lo cual afecta los triunfos y derrotas por mayoría relativa o por representación proporcional. Por eso la noción de abstencionismo es relativa, debido a que quienes se abstienen también inciden en la dinámica política del país. Pero cabe advertir que el abstencionismo no necesariamente es resultado de la apatía, particularmente cuando la baja participación no es resultado de la decisión ciudadana sino de las dificultades que enfrenta a causa de normas electorales o administrativas.

Como muestra el texto, del periodo de 1961 hasta 2006, la participación promedio en elecciones legislativas ha sido de 53%, si se hace una relación entre votos y ciudadanos, y de 58% si el cálculo es entre votos válidos y padrón electoral. Es más, dicha participación asciende a 60% en el cómputo votos/ciudadanos; y a 64% con base en la relación votos/padrón en elecciones presidenciales. Lo anterior, nos dice la autora, ubica a México en un nivel medio-alto de participación electoral, lo cual resulta más significativo si se considera que en México no está sancionado no votar. En los extremos se encuentran, por un lado, Uruguay con 91.50% de participación y, por el otro, en el nivel más bajo de participación, Guatemala, con 36.8%. Con base en estos y otros datos, la autora sustenta que la afirmación de que ha habido un declive en la participación electoral en el país *es relativa tanto a nivel latinoamericano como mundial*.

La obra se refiere particularmente a la “participación electoral activa”, al ejercicio del derecho al sufragio, destacando que dicho derecho se realiza en el marco institucional de la participación, por lo que tiene condicionantes socioeconómicas, socioestructurales (es decir, en diferentes formas de régimen democrático) y de carácter político; por ejemplo, relativamente a las características de partidos y candidatos que son importantes para incrementar la participación, al estar relacionadas con la forma en que se realizan las prácticas políticas, se establecen las relaciones de poder y se elaboran las percepciones simbólicas en las comunidades políticas.

Por lo anterior, la autora coincide con quienes enfocan la participación como la expresión de un proceso de movilización política ciudadana establecido con base en la confianza, y la existencia de un sistema de partidos que representa diversas opciones de gobierno y con el cual se identifican distintos sectores de la población.

En el libro no se hace tabla rasa de la participación, sino que se la problematiza al sostener que ella “adquiere distintos significados en relación al contexto sociopolítico, desde cómo se mide la participación o cómo se define la ciudadanía (cuántos ciudadanos que tienen derecho realmente votan)” (p. 18). Además, se busca enfocar al ciudadano de una forma más contextual que quienes lo visualizan como ente autónomo.

Los ciudadanos están inscritos en una colectividad en la cual interaccionan con base en su historia y estructuras culturales y sociales compartidas. En este sentido, aun cuando los ciudadanos no se reúnan, en estricto sentido, con otros para debatir sobre política, existen redes privadas y públicas que matizan las percepciones con las cuales significan su participación (o su abstención) electoral. En consecuencia el voto no es solamente una papeleta, sino que está inmerso en significados sobre cómo se ejerce el poder y la forma de relacionarse con el mismo.

La participación no solamente es asunto de porcentajes, sino también de “calidades”, particularmente aquella relacionada con el contexto político en que se ubica y por las reglas electorales o, como fue el caso hasta 1988 en México, de la existencia de un partido hegemónico y estructuras locales de poder muy establecidas que, sostiene la autora, se modifican a partir de 1996.

En cuanto al contexto, propone una periodización sugerente sobre las etapas del cambio político en México donde se pasa del partido hegemónico hasta 1976, al partido predominante (de 1977 a 1985); de la liberalización contradictoria (1988 a 1994) hasta la transición con alternancia (1997-2006). No obstante, aclara, los procesos políticos que establecen los límites de una etapa a otra no necesariamente están relacionados con transformaciones importantes en la participación electoral.

La autora ubica la participación en el ámbito de la reflexión de quienes han mostrado que el estatus socioeconómico y los factores demográficos, los valores políticos (las actitudes democráticas o autoritarias), la percepción de la eficacia política, el compromiso político y la evaluación del contexto, matizan tanto la intensidad como las formas de participación. Dicha intensidad y formas de participación también están influidas por las prácticas político-culturales a las que están sujetos los ciudadanos, es decir, por las experiencias que derivan de su relación (participativa o no) con el sistema político y gubernamental. Los ciudadanos se enlazan con las instituciones gubernamentales y políticas “empapándose” de los principios subyacentes a las prácticas políticas en el espacio de lo público, espacio donde se establece la relación entre política y vida cotidiana.

Por eso, como Gómez-Tagle sostiene en este libro, el análisis de la participación no puede estar acotado al ciudadano individual. Coincido con ella porque, de lo contrario, la participación electoral cae en lo que podríamos denominar “ciudadanismo”, monismo propiciado por definiciones mínimas de ciudadanía que desechan la complejidad del marco en el cual se desenvuelve la participación electoral y las diversas dimensiones que convergen e influyen en ella. Para evitarlo la autora busca identificar las dinámicas de participación locales, relacionándolas con los procesos políticos nacionales y las características de marginación y modernidad de las entidades del país. Esta cuestión ha ocupado su interés en los últimos años y, en este texto, nos muestra algunos de los resultados de su indagación; particularmente, si existe algún tipo de correlación entre tendencias electorales, participación y variables socioeconómicas y sugiere que, estadísticamente, no parece haber relación entre las características socioeconómicas de las entidades y una participación electoral alta o baja. No obstante, al profundizar en los procesos de modernización, sostiene que éstos desgastan o destruyen las redes económicas, sociales y culturales de grandes grupos sociales “y

la gente queda disponible para adoptar nuevas pautas de socialización y conducta”. Además, sostiene que la marginación ya no es el espacio político de la movilización inducida, sino que es más intensa en los espacios urbanos donde el control político es menor y hay una pluralidad política creciente.

No deja de llamar la atención cuando Silvia analiza el comportamiento de la participación electoral, que estados como Quintana Roo tengan hasta 1982 un 100% de participación electoral (lo que hace evidente su papel como reservorio de votos para las elecciones presidenciales hasta ese momento) mientras que, por otras razones, a partir de 1988 la mayor participación se registra en el Distrito Federal. Ello hace innegable que la participación electoral depende de la dinámica política, ya sea como apoyo o para competir por el poder político.

En síntesis, Gómez-Tagle elabora una serie de propuestas que quisiera enunciar como puntos específicos:

- 1) La definición de participación no puede dissociarse de la definición que se tenga del derecho al voto y de las características del régimen político, es decir, la participación solamente puede entenderse relacionándola con el contexto en que ésta se realiza.
- 2) La participación usualmente se enfoca como una actividad individual asociada al *rational choice*; sin embargo, los ciudadanos están insertos en comunidades y condicionamientos culturales, políticos y socioeconómicos.
- 3) Uno de los problemas principales de la participación es cómo medirla y la autora propone hacerlo no solamente mediante la relación votos/padrón, sino la de votos/ciudadanos.
- 4) Se ha generado una percepción de disminución en la participación, pero habrá que tomar en cuenta que actualmente el padrón electoral tiene una serie de candados que dificultan su depuración e incrementan el abstencionismo estadístico.
- 5) La participación electoral sigue tendencias similares cuando se celebran elecciones concurrentes, mientras que en las intermedias la baja participación puede ser atribuida a la ausencia de una figura central con presencia en los medios de comunicación.
- 6) En las elecciones legislativas o presidenciales, donde ha habido una baja significativa de la participación, todo hace suponer que ha habido una intervención “ajena a los ciudadanos” probablemente de carácter gubernamental.
- 7) Al contrario de la hipótesis que sostiene que en la medida en que se debilitaba el partido hegemónico, aumentaban las diferencias políticas en las entidades de la República, por el debilitamiento de los mecanismos de control electoral, lo que se ha encontrado es que las tendencias nacionales se vuelven más regulares.
- 8) Las entidades con mayor participación son aquellas que muestran más bajos índices de marginación a partir de 1998, lo que puede significar que la marginación no es el espacio político de la movilización electoral. La participación más intensa sucede en los espacios urbanos.
- 9) Mientras las elecciones son más competidas, la participación se vuelve más regular.

El libro deja algunas interrogantes por resolver; por ejemplo, cómo es posible que una elección conflictiva y competida como la de 1988 haya sido la elección con la más baja participación (45%) mientras que la de 1994 haya tenido la más alta (75%). Por supuesto, la autora adelanta algunas hipótesis al respecto, pero deja al lector ávido de una reflexión más detenida sobre el tema, aunque, por supuesto, hay que reconocer que el libro no tiene este propósito.

La obra deja como reflexión más general que existen nuevas relaciones bajo el manto de viejas prácticas. Se han debilitado las adhesiones de carácter moral o coercitivo sustancialmente en el sector rural, pero probablemente la competencia electoral ha propiciado el incremento de los gastos no en obras necesarias sino en obras populares, e incrementado la disputa por los programas sociales.

La participación ciudadana en México está lejos de ser sinónimo de democracia, pero ello no se debe solamente a sus características intrínsecas o culturales, sino a la interinfluencia con el sistema político. Si los mexicanos somos “ciudadanos de baja intensidad”, con una participación de “baja calidad” e inserta en relaciones políticas autoritarias y antidemocráticas, no se debe a nuestro desconocimiento de los valores democráticos; ahí están las encuestas para mostrarlo. La cuestión es que parece que todavía no encontramos eficacia política al asistir a las urnas.

Silvia Gómez-Tagle ha dedicado más de dos décadas al estudio de la geografía electoral y a una reflexión teórica sobre la misma. La recopilación de datos que ha realizado ha sido —no hay que escatimar el adjetivo— de carácter titánico. Además, ha buscado certeza y claridad en los datos, secciones y mapas que utiliza, los cuales frecuentemente no “cuadran”, y lidiado con los cambios en el tiempo del número y localización de las secciones electorales del país. Los apéndices del libro que se reseña, muestran el trabajo acucioso que se ha realizado para elaborar los datos que sustentan este texto.

Finalmente, y con relación al título del libro, la autora pregunta: “¿cuántos votos necesita la democracia?” Y nos contesta: los necesarios para poder influir en el sistema político.

Francisco Vázquez García, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Madrid, Ediciones Akal, 2009, 255 pp.

ALEJANDRO ESTRELLA GONZÁLEZ\*

Con *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España 1600-1940* Francisco Vázquez García, catedrático de Filosofía de la Universidad de Cádiz, ha logrado hilvanar un relato que cuenta con dos grandes virtudes: susceptible de dirigirse exitosamente a un público diverso, combina un carácter explicativo y descriptivo con

\*Universidad de Cádiz (España) e Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM (México).

un perfil eminentemente productivo. Retomando el programa que Michel Foucault comienza a desarrollar a mediados de la década de los setenta y que culmina con la sustitución de una concepción belicista del poder por el modelo de la gubernamentalidad, Francisco Vázquez reconstruye las sucesivas configuraciones que adquiere la biopolítica en España como forma de gobierno de la población, desde las formas absolutistas a la denominada biopolítica interventora, pasando por la fase de la biopolítica liberal clásica. En este recorrido el autor pone en liza recursos de múltiples disciplinas, elaborando una narración polifónica atractiva tanto para el filósofo que entiende su disciplina en vivo contacto con las ciencias empíricas, como para el cientista social preocupado por dotar a sus análisis de un sustrato teórico vigoroso. Por otro lado, si como bien señala Randall Collins, la relevancia de un objeto intelectual reside, no en establecer una verdad sino en generar nuevos problemas que inspiren futuros trabajos, el texto que nos presenta Francisco Vázquez debe ser valorado, entonces, no sólo por la novedad que representa en el ámbito de las ciencias históricas —hasta ahora no se había realizado una síntesis de este calado tomando como objeto el solar hispano—, sino por su potencia seminal, su capacidad para investir nuevas preguntas, y en consecuencia, futuras investigaciones. Comenzaré entonces este breve comentario crítico exponiendo un resumen de las líneas fundamentales que articula *La invención del racismo* para a continuación explorar algunas de esas nuevas preguntas que, como lector, me ha sugerido el texto en cuestión.

“El protagonista de este libro es la población.” Con estas palabras abre Francisco Vázquez su recorrido por la instauración de la biopolítica en España. Aseveración que delimita un espacio que se define en la medida en que los procesos a los que da cabida el concepto de población (natalidad, mortalidad, fecundidad, sexualidad, vivienda, salubridad, subsistencia, etc.) son tomados como objetos de poder o gobierno. Esta línea de investigación que constituye el estudio de la biopolítica, así como las diferentes interpretaciones que de ella se han ofrecido, es discutida en la introducción. Francisco Vázquez delimita el uso que hará de este concepto polemizando con otras propuestas (Negri, Barman o Agamben entre otros), señalando fundamentalmente la necesidad de evitar la utilización ahistórica del concepto de biopolítica, léase, operar con éste, bien de manera universal como si careciera de especificaciones históricas, bien remitiéndolo a un proceso unitario y progresivo hacia formas más sutiles de dominio. Para evitar ambos peligros y siguiendo en este punto los estudios sobre gubernamentalidad de la *History of Present Network*, Vázquez García recomienda relacionar el concepto de biopolítica con las diferentes maneras de gobernar, con las diferentes modulaciones que adquieren los regímenes de gubernamentalidad. Esto permite al autor arrojar la hipótesis de la existencia de seis fases o formas de racionalidad biopolítica en suelo hispano: absolutista (1600-1820), liberal clásica (1820-1870), interventora (1870-1939), totalitaria (1940-1975), social (1975-1985) y neoliberal (1985-). Como ya señalamos, el trabajo privilegia los tres primeros momentos en cuanto a que éstos constituyen el proceso de larga duración en el cual se articulan los elementos originales de esa particular biopolítica española. A lo largo de este recorrido, Vázquez García perfila las diferentes etapas ensamblando para cada caso las principales variables del programa foucaultiano, a saber, los regímenes discursivos que, fundamentalmente a

través de la tratadística y las nuevas ciencias sociales, objetivan con voluntad de saber los diferentes procesos poblacionales; las prácticas y tecnologías en que se concretan las estrategias gubernamentales; las agencias institucionales que desarrollan tales estrategias; y los efectos de la racionalidad biopolítica, tales como la creación de nuevas geografías y nuevas subjetividades. Caracterizaremos ahora brevemente cada una de las etapas que aborda el estudio de Vázquez García.

Al primer periodo, que ocupa los siglos XVII y XVIII, es al que mayor espacio dedica el autor, en cuanto a que, en busca de las raíces de la biopolítica española, es en esta etapa cuando aparece por primera vez la “población como objeto de acción de gobierno”. Bajo la biopolítica absolutista esta acción de gobierno se apoya en una comprensión del hecho poblacional en términos de riqueza del estado que, identificado con la figura del monarca soberano, convive en un espacio competitivo con otros estados. De aquí que la biopolítica en España surgiera vinculada al problema de la despoblación del reino, considerada ésta como causa primordial de la decadencia y la debilidad del estado (capítulo 1). En la misma línea, una concepción de la población en términos de recursos del reino trae consigo una progresiva desacralización de la pobreza y la mendicidad, enaltecida hasta entonces por la ideología cristiana. Este proceso precipita definitivamente en el siglo XVIII con una concepción del pobre, no como sujeto de gracia divina, sino como obstáculo para el progreso productivo y el poderío militar del estado (capítulo 2). Más allá del análisis de la tratadística y de las prácticas disciplinarias, resulta de especial interés el apartado dedicado a los gitanos, esfera en la que el racismo étnico emerge en toda su radicalidad asociado en este caso al problema de la pobreza y el nomadismo. Un tercer proceso que se localiza en la raíz de la biopolítica española es la emergencia de la razón de estado entendida como una forma de racionalidad que asume la posibilidad de proyección y cálculo de futuro, lo que redundaba en una acción de gobierno más eficaz. Lo que interesa especialmente al autor es la necesidad que tuvieron los tratadistas de conjugar esta forma de racionalidad con los requerimientos de la tradición cristiana (capítulo 3). En el marco definido por estos tres procesos que acabamos de presentar se estudia el desarrollo del cameralismo y de la ciencia de la policía en España, entendidas precisamente como el conjunto de saberes que permiten acrecentar la riqueza del estado manteniendo simultáneamente el orden social (capítulo 4). El campo de acción de esta nueva ciencia abarca todas las esferas de la biopolítica, si bien Francisco Vázquez dedica especial atención a las políticas de salud pública que comienzan a desarrollarse en España desde la dinastía borbónica.

La segunda y tercera etapas de este recorrido por la biopolítica española se estudian en los capítulos 5 y 6. El nacimiento de la biopolítica liberal en España acaece al igual que en otros países europeos cuestionando los principios de la biopolítica absolutista y declarando la autonomía del mercado, de la población y de la sociedad civil como procesos que se autorregulan de manera natural. De forma que la gubernamentalidad liberal, a diferencia de su predecesora, opera desregularizando el exceso de legislación estatal que impide el desarrollo natural de dichas esferas. No obstante, las lacras y conflictos sociales que se derivan de esta concepción autorregulada de la realidad humana activan a partir de 1870 una nueva racionalidad biopolítica, basada

en la previsión como forma de amortiguar los efectos perversos de la biopolítica liberal. El modelo del estado bismarckiano, donde un acuerdo recíproco entre el estado y el individuo da lugar a toda una política de seguros que persigue conservar la vida y la salud de la nación, constituye el paradigma que se seguirá —eso sí, con considerable retraso— en suelo hispano. Un aspecto fundamental en la emergencia de esta nueva racionalidad es la inclusión de un lenguaje biologicista en el diagnóstico de los problemas sociales, lo que permite una concepción del “otro” en términos de enemigo biológico y poner las bases del racismo contemporáneo.

Una vez que hemos presentado los principales vectores que articulan este recorrido por la instauración de la racionalidad biopolítica en España, podemos apuntar algunas de las cuestiones que, aun sin haber sido desarrolladas por el autor, surgen a partir de la lectura del texto. Sin agotar la posibilidad de nuevas preguntas, presentaré tres que me parecen especialmente interesantes. En primer lugar, la horquilla temporal que privilegia el relato de Francisco Vázquez (siglos XVII y XVIII) invita a preguntarse por los efectos que el desarrollo de la racionalidad biopolítica tuvo en las Colonias de Ultramar. ¿Hubo en América un proceso similar al que tenía lugar en España? ¿Se legisló de forma parecida en los Virreinos? ¿A qué realidades específicas tuvieron que adaptarse las nuevas formas de gobierno en América? ¿Qué efectos característicos produjo sobre la posterior evolución de los países latinoamericanos? En definitiva, ¿existió una biopolítica colonial y cuáles fueron sus efectos? Sin duda, realizar este trabajo con exhaustividad requeriría contrastar las fuentes oficiales de la metrópolis con aquellas latinoamericanas que nos permitieran apreciar la textura real, el grado de eficacia de esa supuesta biopolítica colonial. En este sentido, disminuir la escala de análisis a nivel regional y local —insertando posteriormente esa observación en el marco global en el que se sitúa el problema— puede resultar de gran utilidad, al permitir una observación mucho más detallada de los vectores característicos del proceso en los diferentes territorios latinoamericanos.

En segundo lugar, el texto nos invita a desarrollar análisis que tomen por objeto de estudio las tres fases siguientes que no ocupan el trabajo de Francisco Vázquez: la biopolítica totalitaria, la social y la neoliberal, asociadas en cada caso a formas de gobierno específicas, de rasgos cambiantes y donde no todos los vectores que caracterizan a cada una de ellas desaparecen al dar paso a la nueva configuración. Reconstruir estas filiaciones —ya a partir de análisis de problemas concretos, ya desde una nueva síntesis— contribuiría a perfilar la forma en la cual el particular desarrollo de la biopolítica en España ha configurado algunos de los rasgos específicos de la geografía social y política del país: desde la poderosa influencia del familiarismo católico a las debilidades del Estado de Bienestar, pasando por la pervivencia del terrorismo de ETA o las políticas migratorias, entre otras; objetivo éste al que, reconoce el autor, pretende contribuir su recorrido por las primeras formas biopolíticas.

Finalmente, un tercer aspecto que invita a desarrollar la obra de Francisco Vázquez es la posibilidad de explorar las formas de resistencia desarrolladas por esa misma población objeto de gobierno de la biopolítica. Me gustaría mostrar sólo un ejemplo de cómo el texto de Vázquez García sugiere esta posibilidad. Al leer el pasaje sobre los primeros intentos de la liberalización de los precios del grano bajo la égida de Cam-

pomanes —lo que nos remite a esa nueva concepción de la economía como mercado autorregulado que anuncia la biopolítica liberal— me sentí tentado a recordar el ya clásico trabajo de E. P. Thompson sobre la economía moral de la multitud inglesa en el siglo XVIII; trabajo que analiza las formas del motín popular de subsistencia como respuesta al acaparamiento del grano durante un periodo de escasez, a su vez efecto de la liberalización de los precios de los cereales. ¿Podría leerse entonces el texto de Thompson como un estudio de las formas de resistencia popular a la emergencia de la biopolítica liberal en Inglaterra? Y si cabe esta interpretación ¿no nos estaría ofreciendo el historiador inglés una caja de herramientas para investigar este fenómeno en otros contextos nacionales? ¿Qué configuración particular adquirirían en cada contexto estas formas de resistencia de la economía moral? ¿En qué medida remitirían tanto a prácticas asociadas a regímenes anteriores —por ejemplo, la estrategia popular de apelar al modelo paternalista o a principios de orden religioso— como a recursos provenientes de la propia cultura popular —análisis que requeriría estrategias de investigación complementarias a la analítica del biopoder y que pueden inspirarse en obras como las del propio Thompson, Carlo Ginzburg o Mijail Batjín—? No obstante la prudencia epistemológica que aconseja evitar generalizaciones incontroladas, lejos de obstaculizar esta vía de análisis, suministraría una batería de preguntas: ¿es aplicable el modelo de la economía moral a otras esferas de la biopolítica (nacimientos, defunciones, sexualidad, salubridad, migraciones, control de los recursos naturales, etc.) donde detectemos formas análogas de resistencia popular?: ¿es extensible el modelo sólo para el periodo de la instauración de la biopolítica liberal y deberíamos dotarnos en consecuencia, aun partiendo de éste, de nuevas herramientas analíticas que nos permitieran explicar la emergencia de formas de autogobierno frente, por ejemplo, a la implantación de la biopolítica neoliberal —a este respecto, los “laboratorios” que constituyen los nuevos movimientos sociales en América Latina, verdadera vanguardia en la resistencia a la gubernamentalidad neoliberal, pueden ofrecer claves interpretativas fundamentales—?

Sea como fuere —aquí sólo planteamos algunas preguntas con el fin de ejemplificar la seminalidad del texto de Francisco Vázquez— queda claro que la reconstrucción histórica de los procesos de racionalidad biopolítica invita a encarar el problema de las formas de resistencia y autogobierno popular frente a dichos procesos. No quiere decir esto que el autor, interesado en esta obra por la forma en la que se configura la biopolítica en España, niegue la posibilidad de analizar esta dimensión del problema. Valgan como ejemplos algunos de sus anteriores trabajos —por ejemplo, los dedicados a la historia de la prostitución— donde cuestiona el prejuicio que, incluso desde posiciones progresistas, tiende a ver a la población como víctima pasiva de fuerzas externas que deciden su pérdida. Este prejuicio victimista impide ver el rol creativo de los agentes, su capacidad para desarrollar estrategias apoyándose sobre esas fuerzas exógenas que se les imponen. Una creatividad que impide al gobierno perpetuarse tal cual y que le obliga a reactualizarse para dar respuesta a esa creatividad del gobernado. Este programa se encuentra ya en el propio Foucault. Su concepción del poder como una relación, no de dominio absoluto, sino como un vínculo agónico, contempla una concepción del agente en términos creativos. Las técnicas de

poder dejan paso —nos recuerda el propio Francisco Vázquez— a las técnicas de sí, a un sujeto moral que se construye a sí mismo a partir de prácticas de libertad.

María del Carmen Castro Vázquez, *De pacientes a exigentes. Un estudio sociológico sobre la calidad de la atención, derechos y ciudadanía en salud*, Hermosillo, El Colegio de Sonora, 2008, 498 pp.

MARCELA AGUDELO BOTERO\*

La evaluación de la calidad de los servicios de salud<sup>1</sup> ha sido un punto de gran interés, especialmente desde el ámbito técnico-gerencial, pues es una herramienta fundamental para el establecimiento de puntos críticos en los procesos de atención de la salud y sobre los cuales es posible mejorar.

Pese a que existe una gran variedad de enfoques para llevar a cabo dicho seguimiento, quizás el que más difusión y reconocimiento ha tenido en el medio académico y empírico es el desarrollado por Avedis Donabedian, quien propuso un modelo de evaluación de la calidad de los servicios de salud basado en tres aspectos esenciales: la estructura, los procesos y los resultados. A través del seguimiento en estos eslabones de los servicios de salud, se busca “proporcionar al paciente el máximo y más completo bienestar, después de haber considerado el balance de las ganancias y pérdidas esperadas, que acompañan el proceso de atención en todas sus partes” (Donabedian, 1989: 87); sin embargo, visto de esta manera, la calidad se restringe meramente a la visión fragmentada y no siempre acertada de los proveedores de servicios de salud, quienes por lo general se encargan de determinar unilateralmente las necesidades y respuestas de salud de la población.

Asimismo, el carácter estructural de esta evaluación conlleva a “mecanizar” el proceso de atención, reduciendo el quehacer médico e institucional a estándares y protocolos comunes que se ajustan a todo tipo de pacientes y contextos, desconociendo las realidades particulares y poniendo en desventaja a grupos vulnerables como niños y mujeres (Salas, 2008).

Sobre esto último se resalta, por ejemplo, el poder hegemónico que ejercen los profesionales médicos sobre la salud femenina, principalmente en el campo reproductivo. Es decir, la calidad de los servicios de salud para la mujer se vincula a un escenario donde la institución o el mismo médico ponen en marcha sus propios criterios de lo que debe ser una atención adecuada del embarazo, del parto, del aborto

\* Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México.

<sup>1</sup> En la literatura disponible no existe una forma explícita para diferenciar entre los términos “calidad de los servicios de salud”, “calidad de la atención”, “calidad de la atención médica” y “calidad de la atención a la salud”. Para la investigación en concreto se hace referencia a la calidad de la atención en términos genéricos (Castro, 2008: 76-77).

y de cualquier otro evento clínico. Como bien lo mencionan Castro y Erviti (2009), este hecho está íntimamente enlazado con lo que en términos de Bourdieu se denomina el *habitus*, en este caso el médico. El *habitus médico* se refiere al "...conjunto de predisposiciones incorporadas (...) a través de un largo proceso de socialización, iniciado en años de formación y sostenido en la práctica profesional rutinaria que llena de contenido las prácticas concretas de los médicos, en su quehacer cotidiano" (Castro y Erviti, 2009: 8). Un efecto adverso de este proceder —muchas veces natural y naturalizado— es el detrimento del ejercicio de los derechos y la ciudadanía de las mujeres en el ámbito médico.

Es por ello que, teniendo presente que la calidad de los servicios de salud va más allá de los resultados operativos dados desde la oferta de los mismos, María del Carmen Castro Vásquez presenta este libro (producto de su tesis doctoral), en donde se ubica en los servicios de atención de cáncer de mama dirigidos a mujeres de Hermosillo (Sonora). El objetivo central de esta investigación es, por tanto, "identificar la traducción de los derechos en la atención [de la salud] como el acceso a una atención oportuna, el derecho a la información, respeto a la autonomía en la toma de decisiones y a la privacidad y dignidad de la paciente" (p. 26). Además de apartados preliminares (Agradecimientos, Prólogo e Introducción), el texto está estructurado en nueve capítulos. Adicionalmente están la Bibliografía, los Anexos y los índices (analítico y de nombres).

La lectura de este documento es amena e interesante, puesto que la autora presenta de manera lógica la secuencia de sus capítulos, al tiempo que lo hace en un lenguaje fluido y de fácil comprensión —incluso para aquellos que no estamos formados en la disciplina sociológica—, de ahí la riqueza de sus aportes, los cuales trascienden a diferentes esferas del conocimiento como la salud pública, las ciencias políticas, los estudios de género, la ciudadanía, entre otros. Paralelamente, es de resaltar los aportes —en términos metodológicos— que hace la autora, al ir (como ella misma lo menciona) más allá de los datos, lo cual le permite sumergirse en el mundo de lo micro-social, es decir, que por medio del análisis cuidadoso y detallado de la información cualitativa ella logra concatenar las relaciones complejas que se entretienen alrededor de los distintos actores (pacientes, médicos, enfermeras y directivos de hospitales), a la vez que puede ir dando significado a las percepciones y prácticas de sus entrevistados, a la luz de un contexto sociocultural que se erige en ámbitos particulares/privados pero que tiene raíces comunes/públicas.

Para iniciar, en su primer capítulo, Castro esboza la base teórica de su problema de estudio, con énfasis en la sociología. Menciona —entre muchas otras cosas— la complejidad de definir los lineamientos analíticos de la calidad de la atención de la salud en un marco de derechos y ciudadanía. No obstante, pese a estas dificultades, logra integrar de manera lógica las piezas claves que le permiten dilucidar posteriormente los discursos de sus participantes. Sobresale la mirada holística y articulada de sus temas, entre los que se incluye: el énfasis sociológico (*habitus*, dominación, campo social, poder y estructura) y la sociología médica (relación médico/paciente, profesión médica e instituciones de salud). Ambos abordajes tienen sentido en la medida que sirven de complemento para profundizar en los aspectos microsociales,

entendiendo en todo momento la génesis estructural o macrosocial que configuran, la cual da sentido al objeto de estudio. Los conceptos sobre los que se sustenta el engranaje teórico parten de autores clásicos dentro de la sociología como Giddens y Bourdieu, especialmente este último. También se destacan las posturas de Parsons, Focault, Freidson, Waitzkin y Turner, entre otros.

El capítulo siguiente, el dos, está dedicado a discutir las definiciones adjudicadas al concepto de calidad de la atención en salud. En este punto, es preciso mencionar que la autora reconoce dos paradigmas para abordar el tema. El primero de ellos tiene que ver con la calidad asociada a la prestación operativa del servicio; en este caso dicha calidad está en manos de las instituciones y prestadores de servicios de salud, es un modelo gerencial que busca maximizar los beneficios<sup>2</sup> y que deja de lado las prioridades de sus clientes. Por otra parte, emerge un concepto mucho más incluyente —de los pacientes— que concierne la equidad, la educación y el respeto a los derechos. Lo interesante de este trabajo es que su autora desarrolla un ejercicio crítico en el que logra demostrar que, en conjunto, estas visiones son compatibles y no necesariamente excluyentes la una de la otra. Asimismo se vincula la calidad de los servicios con las representaciones de género, que para los propósitos de la investigación resulta de gran relevancia, fundamentalmente porque esta variable analítica puede determinar en muchos de los casos la inclusión/exclusión de las mujeres en los espacios de salud. Continuando en este capítulo, Castro introduce al lector a los conceptos de ciudadanía y derecho, sus alcances y limitaciones, todo ello con base en la promoción de los derechos sexuales y reproductivos (DSR) y en concreto en la práctica de los servicios de salud para mujeres con cáncer mamario. Siguiendo esta línea de argumentación, se resalta la pertinencia de los derechos a partir de la información, el consentimiento informado y la toma de decisiones de las mujeres, lo que en suma las dota de herramientas para su autonomía y libre elección en los ejes que le conciernen.

El capítulo tres, cuyo título es “Ir más allá de los datos”, incluye la descripción metodológica de la investigación. Inicialmente se habla del abordaje cualitativo como instrumento de estudio, su importancia dentro del campo social, así como sus limitaciones. De tal modo —en palabras de la autora—, “se partió de la premisa de acotar para profundizar, plantear un análisis relacional en un nivel microsocioal” (p. 120). Hacia otro componente —estrechamente articulado con lo ya dicho— se encuentra la especificación de los actores, los espacios y el momento en que se lleva a cabo la investigación. Así, por ejemplo, se mencionan los criterios de elección de las mujeres, los médicos, las enfermeras, los directivos de hospitales y otros actores relacionados con la atención del cáncer de mama. En cuanto al periodo de duración del estudio, éste se dio en un lapso de un año y siete meses en el Hospital Infantil del estado en Hermosillo, Sonora. Otras dimensiones que son hilvanadas detalladamente en este apartado son las técnicas de investigación. Sobre esto hay que enfatizar el trabajo riguroso que se realizó: observación no participante en salas de espera, observación

<sup>2</sup>Se menciona como objetivos primordiales el eficientar recursos y aumentar la productividad.

no participante en la consulta médica ginecológica (estudio de sombra), entrevistas en profundidad (a mujeres pacientes), entrevistas semiestructuradas (a prestadores de servicios de salud del Hospital), revisión documental (normas, planes y programas, etc.), revisión bibliográfica (del tema en general). Algo que no puede escaparse de esta reseña y en lo que pocos investigadores se interesan —pese a que no es ajeno a su quehacer como “generadores de conocimiento” y “traductores de las realidades”— es la manera como se va construyendo la relación con los entrevistados. Castro describe los primeros contactos con las pacientes, así como el consentimiento informado para compartir libremente con ella ciertos detalles de sus vidas. Igualmente se documentaron las “incomodidades” (p. 147) que tanto las pacientes como ella experimentaban en el transcurso de su intervención.

Enseguida, en el capítulo cuatro, se da un panorama acerca de la dimensión y alcance del problema del cáncer de mama a nivel socio-político y epidemiológico en México. Por una parte se señala esta patología como la principal causa de muerte entre las mujeres de Sonora, desplazando el cáncer cérvico-uterino. Se citan las normas y programas nacionales y locales para la atención de la enfermedad, así como las restricciones de los mismos. De forma subsecuente se aborda la magnitud y representación sociocultural del cáncer mamario, se alude la asociación intrínseca del binomio cáncer-muerte, el pudor, la vergüenza, el sufrimiento, la depresión, etc., de algunas mujeres frente al tumor. Todo ello, junto con algunos otros factores de riesgo —asegura la autora—, “complican el abatimiento de las tasas de morbilidad y mortalidad” (p. 167).

Ahora bien, lo que toca al capítulo cinco tiene que ver con la calidad de la atención desde la óptica del Estado y las instituciones de salud. Concretamente se habla del programa Cruzada Nacional por la Calidad en los Servicios de Salud,<sup>3</sup> el cual se convierte en el punto de referencia para generar evidencias tangibles sobre cómo se introduce el tema de calidad en la salud y los parámetros considerados en esta iniciativa gubernamental. Luego, se dan a conocer las entrevistas a informantes claves (funcionarios estatales y prestadores médicos, paramédicos y directivos institucionales), en donde se evidencia que la calidad presenta diversos gradientes, dependiendo de la posición jerárquica del entrevistado, las responsabilidades imputadas, el grado de conocimiento sobre temas específicos y todo su contexto sociocultural e institucional.

Por su parte, los capítulos seis a ocho son en sí el eje mismo de la investigación, ya que en estas tres secciones se condensan los resultados más relevantes generados a partir de las metodologías aplicadas en diferentes espacios, así como a los diversos actores.

En el capítulo seis se pone a prueba el despliegue en todas sus manifestaciones del *habitus médico*. Se comprobó que este accionar cumple tres funciones claramente diferenciales: “en el primero se analiza la forma en que se construye cotidianamente la relación médico-paciente (...), el segundo muestra cómo se lleva a cabo la función docente de la consulta médica (...) y tercero, se evidencia que ser doctor y paciente

<sup>3</sup> Para conocer más del programa véase: [http://www.salud.gob.mx/unidades/dgcs/sala\\_noticias/campanas/2001-01-25/cruzada-nacional.htm](http://www.salud.gob.mx/unidades/dgcs/sala_noticias/campanas/2001-01-25/cruzada-nacional.htm) (consultado el 12 de diciembre de 2009).

representan posiciones desiguales (...)” (p. 229). En cada una de estas clasificaciones es posible captar que el papel médico demarca poderes y jerarquías entre pacientes, tanto entre aprendices médicos como también frente a otros profesionales de la salud y otros campos y, aunque existen variedades de discursos, también se dio lugar a lo que Castro denominó la “circularidad” de testimonios (p. 263), que remiten una y otra vez a la “categorización” de pacientes alrededor de ciertas características comunes que representan para los médicos manifestaciones de ignorancia o limitaciones para comprender determinados temas, por ejemplo. Estas *circularidades* fueron recurrentes al mismo tiempo en los datos inconsistentes que los médicos declaraban en sus narrativas.

Conexo a lo anterior, en el capítulo siete, se dan a conocer las entrevistas a las mujeres,<sup>4</sup> sus principales características sociodemográficas y su diagnóstico de cáncer de mama. Específicamente se ahonda en las trayectorias de gestión de la atención de las mujeres, las cuales son distinguidas en dos vertientes: una corresponde a los caminos recorridos por las mujeres para la atención y la otra se refiere a las distintas maneras de desenvolvimiento de las mujeres usuarias y pacientes ante situaciones, espacios y actores en común (p. 281). Concomitante con esto se describe la manera como son ejercidos los derechos por parte de las mujeres en el ámbito de la salud, concretamente en la consulta médica. La autora se concentra en puntos claves de ésta a través de momentos específicos de la interacción médico-paciente como: el saludo, el interrogatorio, la exploración ginecológica, el diagnóstico y tratamiento y la despedida. De dicha observación se resalta la diversidad de interacciones entre médicos y pacientes, así como la variedad de formas de ejercer los derechos. Pese a que las mujeres en algunos momentos cuentan con la autonomía para tomar determinadas decisiones, aun así su margen de acción es limitado. Esto corrobora, una vez más, la clara diferenciación de la posición dominante del médico, quien determina las pautas de atención y ubica a las mujeres en el último eslabón, es decir, las encasilla como receptoras “pasivas” y muchas veces acrílicas de los modales y procedimientos médicos.

Cerrando este ciclo analítico, en el capítulo ocho, se explora la apropiación de los derechos de las mujeres y se traduce de manera práctica la toma de decisiones en ámbitos de la salud. Se exalta la importancia de la información como una herramienta útil para que las mujeres puedan expresar sus necesidades, deseos e incluso inconformidades con la institución, los proveedores, la prestación de los servicios y demás procesos que las involucran. El no proveer a las mujeres de elementos mínimos indispensables de información puede acarrear desconocimiento, desinterés, incertidumbre y toda una serie de factores negativos que repercuten desfavorablemente sobre el propio bienestar de las pacientes.

Para concluir el recorrido a lo largo de este libro, se presenta en el capítulo nueve una compilación ordenada de los puntos más relevantes del estudio, así como las preguntas que guiaron la investigación y las conclusiones que se derivaron. Se subraya el avance del conocimiento del fenómeno desde la perspectiva sociológica; no

<sup>4</sup>En total se entrevista a 11 mujeres entre los 34 y 59 años. De éstas, seis presentan un diagnóstico de cáncer de mama y cinco de quiste o tumor benigno (Castro, 2008: 278).

obstante, dada la diversidad de aristas de este problema, el tema no queda agotado aquí. Esto abre el abanico a múltiples posibilidades de análisis, incorporando visiones que pueden contribuir a ahondar en los factores que están relacionados con la calidad de los servicios de salud.

En suma, el libro de María del Carmen Castro es sin duda un avance pionero en el estudio de la calidad de los servicios, aplicable no sólo al cáncer de mama, sino a cualquier otro evento de salud. Su mayor aporte está en concebir la atención de los servicios de salud, no como un proceso estático, sino como un sistema complejo, interrelacionado con las condiciones materiales y subjetivas de los individuos, pero además con otros aspectos de orden suprasocial. Entre ellos, la relación mujeres/proveedores-instituciones de salud es un laboratorio propicio para observar cómo se producen y reproducen las desigualdades sociales a las que por muchos años han estado sometidas las mujeres y que coaccionan su libertad para la toma de decisiones basadas en información y derechos. Por todo el contenido descrito, por los aportes al conocimiento y por la calidad de su trabajo, este libro se convierte en un referente obligado para aquellos que nos encontramos vinculados con alguno de los temas tratados en esta publicación.

## Bibliografía

- Castro, Roberto y Joaquina Erviti (2009), “*Habitus profesional y ciudadanía: Un estudio sociológico sobre los conflictos entre el campo médico y los derechos en salud reproductiva en México*”, ponencia presentada en el XXVIII Congreso de la Asociación de los Estudios Latinoamericanos (LASA), Río de Janeiro, Brasil.
- Castro, María del Carmen (2008), *De pacientes a exigentes: Un estudio sociológico sobre la calidad e la atención, derechos y ciudadanía*, Hermosillo, El Colegio de Sonora.
- Donabedian, Avedis (1989), *Los espacios de la salud. Aspectos fundamentales de la organización de la atención médica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Salas, Monserrat (2008), “Calidad de la atención en los servicios de salud: rastreando el concepto subyacente en encuestas recientes”, en S. Lerner e Ivonne Szasz (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, México, El Colegio de México, pp. 287-346.

Pierre Bourdieu, *Autoanálisis de un sociólogo*, traducción de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 2006, 153 pp.

DOMINGO BALAM MARTÍNEZ ÁLVAREZ\*

“He comprendido así mirando hacia atrás, que me introduce en la sociología y en la etnología, en parte, por un profundo rechazo del punto de vista escolástico, principio de una altivez,

\* Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana.

de un distanciamiento social, en los que nunca me he sentido a gusto, y a los que, sin duda, predispone la relación con el mundo asociada a determinados orígenes sociales.”

Este libro, cuyo título original en francés es *Esquisse pour une auto-analyse*, trata de una reflexión sobre sí mismo. De manera más detallada, se podría decir que propone una explicación de la trayectoria académica del autor, tomando éste las herramientas de la sociología y aplicándolas como si él mismo fuera un objeto de estudio.

En la época contemporánea se considera a Pierre Bourdieu (1930-2002) uno de los sociólogos de mayor prestigio, tanto al interior como al exterior de la academia, es decir, en el debate público en general y por sus apariciones esporádicas en los medios de comunicación masiva franceses. Esto, no solamente en virtud del rigor de sus investigaciones y el nivel de productividad, sino por la multiplicidad de sus objetos de estudio. Y es que, como él lo escribiría acertadamente en el texto que es objeto de esta reseña, “me las ingení para dejar las contribuciones teóricas más importantes en los incisos o en las notas o para introducir mis preocupaciones más abstractas en análisis hiperempíricos de objetos socialmente secundarios, políticamente insignificantes e intelectualmente despreciados”. Tal era su concepción al abordar sus objetos de estudio. Es el caso, por ejemplo, de la fotografía, la asistencia a los museos, el análisis de la institución escolar, el gusto, las estrategias matrimoniales, las experiencias de los marginados, la repartición de contratos para la construcción de viviendas en Francia, por mencionar sólo algunos.

De la misma manera que sus objetos de estudio fueron diversos, así como su propuesta teórico-metodológica, la experiencia que vivió a su entrada en la academia francesa fue atípica, y esta atipicidad es lo que con mayor ánimo destaca Bourdieu. En ese sentido, el texto, más que tratarse de una biografía, es un ejercicio de *socioanálisis*, donde destaca la intención de Bourdieu de situarse en las dos coordenadas básicas para el análisis social: una coordenada temporal y una coordenada espacial. El cruce de ambas nos posibilita una mejor comprensión de la acción de los agentes: por qué pensaban lo que pensaban, a qué atañe su discurso en ese momento en específico, en función de qué estaban calculadas sus estrategias y tomas de postura.

Según Bourdieu la obra tiene una finalidad primordial: *desalentar* a los biógrafos de intentar hacer una biografía de él, a quienes previene en contra de la “ilusión biográfica”, y destacar sólo los principales puntos que puedan ayudar a una mejor comprensión de su obra. La explicación que hace Bourdieu (explicación y comprensión) no es para complacerse, puesto que no es un ejercicio de *autobiografía*, es el ánimo por ubicarse en el marco de las relaciones sociales, para acabar con el mito del *homo clausus* que también denunciará Norbert Elias. De ahí que no sea un texto curioso, sino científico. Si de entrada el lector espera encontrarse con una narración o testimonio que esté organizado de acuerdo a ciclos vitales y temporales de Bourdieu, probablemente se sentirá defraudado.

Vale la pena decir que en la medida que se tenga un conocimiento previo de la obra, la lectura será más fácil, además de provechosa, y es que en algunos pasajes Bourdieu sigue escribiendo en el mismo estilo que es característico de sus obras.

Esto no quiere decir que para los no iniciados en su obra el texto sea inaccesible; no obstante, lecturas de este tipo, es decir, situadas, originales y analíticas, ayudan a comprender en su justa dimensión la totalidad de una obra.

En la primera parte de las cuatro que componen el libro, Bourdieu nos explica los momentos de entrada al campo universitario: la distribución de capitales que había, las relaciones, las estrategias de los ortodoxos contra los heterodoxos, los personajes y las corrientes que dominaban el mundo de la academia francesa en la segunda mitad del siglo pasado. Después Bourdieu avanza sobre tres cosas en particular, a saber: el periodo de su formación intelectual; las avenencias y desavenencias con sus colegas; la experiencia militar que le permitió acercarse mejor a la investigación y a sus objetos de estudio de manera distinta. Además, Bourdieu hace una intensa reflexión sobre la posición de dominado que ocupa al entrar en el campo universitario. El tercer apartado comenta su experiencia en el internado, como prolongación de su estado infantil que le sirvió de pretexto para operacionalizar su concepto de *habitus*; además habla de su entrada al Collège de France y de su lección inaugural, la que sirvió como pretexto para *exorcizar* los demonios de los intelectuales totales. La última parte explica las razones de haber escrito el libro, donde llama la atención respecto de las críticas que pretenden anular su trabajo de investigación. En general se trata de un post-scriptum.

Una vez esbozada de manera general la composición del texto estamos en condiciones de comentar algunas de sus particularidades. De entrada, cuando Bourdieu nos dice que el objeto del libro es el testimonio por él mismo, nos sitúa en la perspectiva científica, al momento de declarar que él mismo se tomará como objeto de estudio, con los elementos y los conceptos que ello implica; labor nada fácil si se toma en cuenta la serie de relaciones complejas en las cuales los agentes estamos involucrados, aunque aquí (como en muchas más de sus obras) trata de evitar la polémica (tal como sucedería con *Homo academicus*), y en ese sentido destaca lo sustancial del objetivo del texto. Para lograr esto, nos habla de las posibilidades que él como iniciado tenía en los espacios en los cuales se presentaba, los ritos de paso o las iniciaciones a las instituciones para poder ingresar a las tribus académicas.

Una de las estrategias que más y mejor se podía capitalizar para poder entrar a la nobleza académica era la elección y adhesión (es decir, *de iure* y *de facto*) a la filosofía, *madre de todas* las ciencias. Así, esta manifestación consolidaba la seguridad de tener un estatus de ser filósofo, por la importancia que ello imprimía en el imaginario social. Esta estrategia no solamente tenía su apoyo medular en dicho imaginario, esto es, no solamente al exterior de la academia; se veía reforzada por una fuerte integración que dotaba a los filósofos del sentimiento de “espíritu de cuerpo”, tal como sucede con el ejército. Otro elemento que destacaba era esa construcción socialmente dada de pertenecer a una “especie superior” por insólito que parezca. Líneas adelante Bourdieu remata con la característica que a su juicio le parece la más importante de este *campo*:

Pero la característica más importante, y también la más visible, del universo filosófico de este lugar y de este momento —y tal vez, asimismo, de todos los tiempos y de todos

los países— estriba, sin duda, en el aislamiento escolástico, que, por más que también sea característico de otras cumbres de la vida académica, Oxford o Cambridge, Yale o Harvard, Heidelberg o Tōdai, muestra una de sus formas más ejemplares en el mundo cerrado, aislado, alejado de sus vicisitudes en el mundo real, en el que se han formado, alrededor de los años cincuenta, la mayor parte de los filósofos franceses cuyo mensaje inspira hoy un *campus radicalism* planetario, particularmente a través de los *cultural studies*.

Como en toda relación de poder, en la medida que existen dos polos, el lugar donde se situaría en ese momento Bourdieu sería en instituciones universitarias ex-céntricas, tal como él lo dijera: la Escuela de Altos Estudios o el Collège de France. De esta forma, con este recorrido termina y da paso al segundo apartado del texto donde describirá las condiciones de su formación intelectual, y siguiendo la estructura del análisis, nos habla de la posición de dominado que ocupó cuando entró al campo universitario.

Si de algo estamos completamente convencidos es que en nuestros respectivos periodos de formación intelectual tenemos diversas influencias intelectuales. Bourdieu nos confiesa que Georges Canguilhem fue uno de ellos, donde a pesar de su dinamismo no se dejó envolver por los reflectores.

Al momento en que Bourdieu incursionaba en la sociología se enfrentó con un mundo cerrado, donde todas las plazas estaban *cooptadas*:

La generación de los veteranos: Georges Gurvitch, que tiene a la Sorbona en un puño har-to despótico, Jean Stoezel, que imparte la psicología social en la Sorbona y dirige el centro de estudios sociológicos, así como el Instituto Francés de la opinión pública, y controla en Centro Nacional de Investigación Científica, y, por último, Raymond Aron (...). A continuación, la generación de los jóvenes emergentes, cuarentones todos, o casi todos que se reparten la investigación y los poderes según una división en especialidades, a menudo definidas por conceptos del sentido común y claramente repartidas en feudos: la sociología del trabajo con Alain Touraine; la sociología de la enseñanza con Viviane Isambert.

Otro de los instrumentos que mejor se pueden capitalizar en el campo académico son las publicaciones, de manera particular las revistas:

El espacio está balizado por tres o cuatro grandes revistas de reciente fundación: *La Revue française de sociologie*, controlada por Stoezel y unos cuantos “barones” de la segunda generación, *Les Cahiers internationaux de sociologie*, controlada por Gurvitch, *Archives européennes de sociologie* fundada por Aron y dirigida con mucho rigor por Éric de Dampierre.

Avanzando en el mismo apartado, la experiencia que le dejó la guerra cuando realizaba sus investigaciones le dio —como él dice— posibilidades de *madurarlo* todo, por ejemplo, la relación entre el investigador y el investigado, la procedencia del primero, el objeto práctico de la investigación, el componente genérico de quien hace la investigación, esto es, si se trata de un hombre o una mujer, de un capitalino

o de un provinciano, el hecho de poder controlar las sospechas en ese contexto de desconfianza total. La célebre *vigilancia epistemológica* que posteriormente guiaría sus trabajos de investigación —particularmente desde *Argelia 60*— surge precisamente de esa experiencia, resultado del trabajo empírico y de sus oportunas reflexiones.

En el tercer apartado nos habla, tal como ya lo habíamos adelantado, de su entrada al Collège de France y su conferencia inaugural —*Lección sobre la lección*—, pero también de su época de infante, en la cual durante algún tiempo le tocó vivir en un internado, y cómo ello le ayudó más tarde a construir uno de sus conceptos que poderosamente ha llamado la atención: el *habitus*.

Está cierto de que su experiencia primaria lo situó dentro de las coordenadas que en su tiempo y espacio estaban presentes; su posición de origen respecto de los espacios socialmente disponibles lo conminaron a determinar algunas de sus prácticas. Si por un lado había renunciado a la pose del gran intelectual heredero, a los reflectores académicos y las falsas complacencias y adulaciones, no resulta nada gratuito que haya introducido en sus trabajos de investigación características que lo hacían salir de la norma.

Las ambivalencias o, como él lo dijera, el *doble distanciamiento*, hacia el mundo intelectual vienen del

distanciamiento respecto al gran juego intelectual a la francesa con sus reivindicaciones mundanas, sus manifestaciones elegantes o sus prefacios para catálogos de artistas, pero también respecto del gran papel del profesor comprometido con la circulación circular de los tribunales de tesis y de oposición, con los juegos y retos del poder sobre la reproducción; distanciamiento, en cuanto a la política y la cultura, respecto al elitismo y al populismo a la vez.

De esta manera terminamos la reseña de este indispensable libro de sociología, puesto que eso es lo que es. Tal como lo hemos reiterado, no se trata en sentido estricto de una biografía, sino de la manera en la cual una experiencia personal se convierte en un objeto de análisis sociológico.

No cabe duda de que la lectura puede comenzar por un interés de curiosidad respecto de la obra y vida de Pierre Bourdieu, que tantas disensiones y polémicas ha causado. Sin embargo, a medida que se avanza en la lectura del libro uno se percata de que no se encontrarán datos personales en sentido estricto, sino más bien datos de la experiencia personal matizados por los elementos del análisis social. De esa manera se cumple el objeto del libro, el cual Bourdieu hace explícito en el post-scriptum: escribe en primer lugar para dejar constancia de su propio punto de vista y asimismo desea que el texto no solamente se vea y lea como un manual de buenas intenciones, sino como un catálogo de experiencias de las cuales se podrían prevenir —que no evitar— los iniciados que deseamos adoptar el oficio de sociólogo para una práctica científica.

